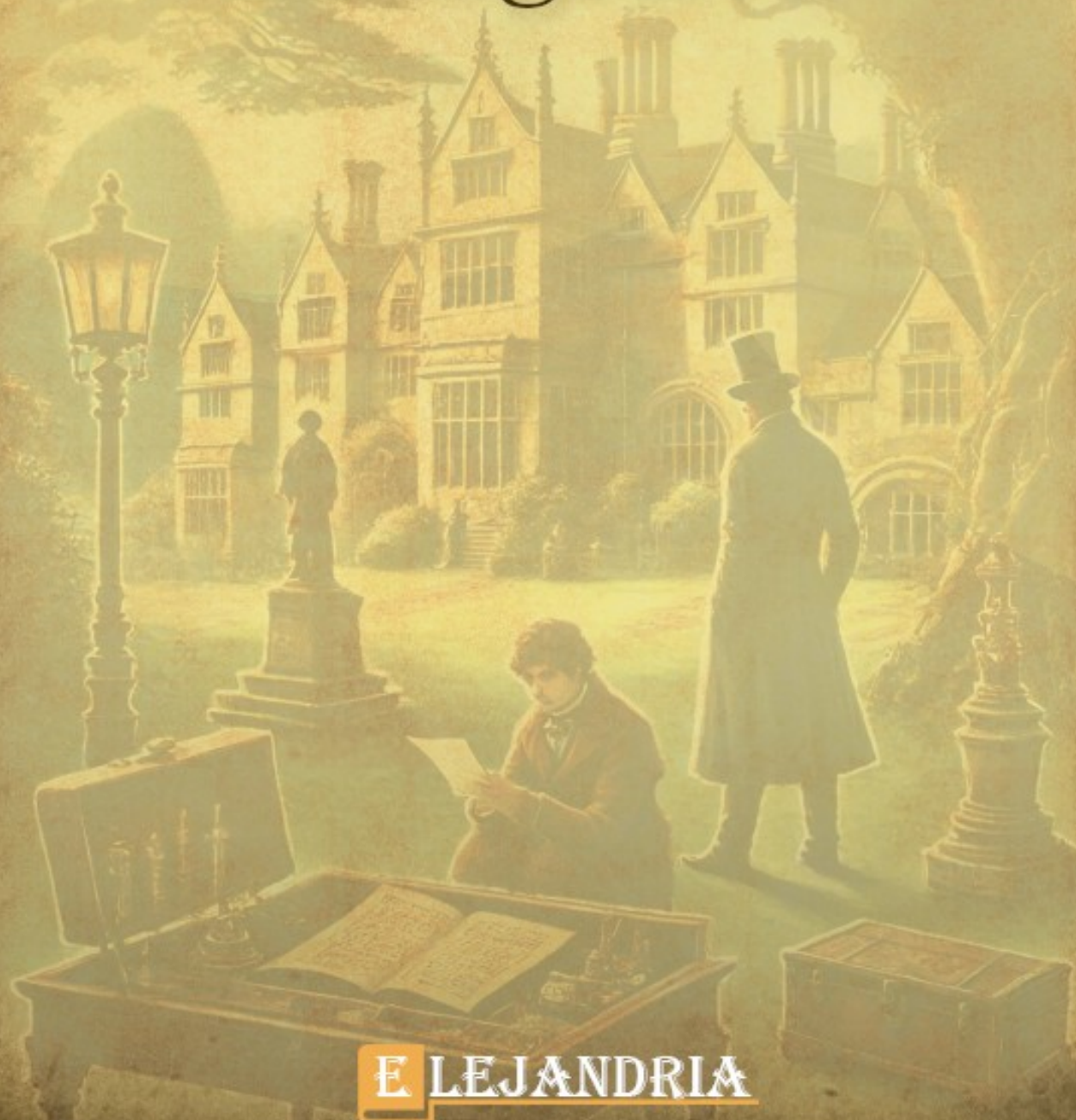


Arthur Conan Doyle

# El Ritual de los Musgrave



**E LEJANDRIA**

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE**

**ARTHUR CONAN DOYLE**

**PUBLICADO: 1892**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

## EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Una anomalía que a menudo me sorprendía en el carácter de mi amigo Sherlock Holmes era que, aunque en sus métodos de pensamiento era el más ordenado y metódico de los hombres, y aunque también afectaba una cierta pulcritud tranquila en su vestir, no dejaba de ser en sus hábitos personales uno de los hombres más desordenados que jamás hayan llevado a un compañero de piso a la desesperación. No es que yo sea en lo más mínimo convencional en ese aspecto. El trabajo rudo y tumultuoso en Afganistán, sumado a un bohemio natural de disposición, me ha hecho un poco más laxo de lo que corresponde a un médico. Pero para mí hay un límite, y cuando encuentro a un hombre que guarda sus cigarros en el cubo de carbón, su tabaco en la punta de una zapatilla persa, y su correspondencia sin contestar atravesada por un cuchillo en el centro mismo de su repisa de madera, entonces empiezo a darme aires virtuosos. Siempre he sostenido, además, que la práctica de tiro debe ser claramente una actividad al aire libre; y cuando Holmes, en uno de sus extraños humores, se sentaba en un sillón con su gatillo sensible y un centenar de cartuchos Boxer, y procedía a adornar la pared opuesta con un V. R. patriótico hecho en marcas de bala, sentía firmemente que ni la atmósfera ni la apariencia de nuestra habitación mejoraban con ello.

Nuestros cuartos siempre estaban llenos de productos químicos y de reliquias criminales que tenían la costumbre de aparecer en lugares improbables, y de surgir en la mantequera o en lugares aún menos deseables. Pero sus papeles eran mi gran cruz. Tenía un horror a destruir documentos, especialmente aquellos que estaban relacionados con sus casos pasados, y sin

embargo, solo una vez cada año o dos reunía la energía para archivarlos y organizarlos; porque, como he mencionado en alguna parte de estos incoherentes memorias, los estallidos de energía apasionada cuando realizaba las hazañas notables con las que su nombre está asociado eran seguidos por reacciones de letargo durante las cuales se quedaba con su violín y sus libros, apenas moviéndose de la sofá a la mesa. Así, mes tras mes, sus papeles se acumulaban, hasta que cada rincón de la habitación estaba lleno de paquetes de manuscritos que no debían ser quemados bajo ningún concepto, y que no podían ser guardados salvo por su propietario. Una noche de invierno, mientras estábamos sentados juntos junto al fuego, me atreví a sugerirle que, ya que había terminado de pegar extractos en su libro de notas, podría emplear las próximas dos horas en hacer nuestra habitación un poco más habitable. No podía negar la justicia de mi solicitud, así que con una cara bastante afligida se fue a su dormitorio, del cual regresó al cabo de un momento arrastrando una gran caja de lata detrás de él. La colocó en el centro de la habitación y, sentándose en un taburete frente a ella, levantó la tapa. Pude ver que ya estaba llena en un tercio de paquetes de papel atados con cinta roja en paquetes separados.

—Aquí hay casos suficientes, Watson —dijo, mirándome con ojos traviosos—. Creo que si supieras todo lo que tengo en esta caja, me pedirías que sacara algunos en lugar de poner otros.

—¿Estos son los registros de tu trabajo temprano, entonces? —pregunté—. A menudo he deseado tener notas de esos casos.

—Sí, muchacho, todos estos se hicieron prematuramente antes de que mi biógrafo viniera a glorificarme. —Levantó paquete tras paquete de una manera tierna y cariñosa—. No todos son éxitos, Watson —dijo—. Pero hay algunos bonitos pequeños problemas entre ellos. Aquí está el registro de los asesinatos de Tarleton, y el caso de Vamberry, el comerciante de vinos, y la aventura de la anciana rusa, y el singular asunto de la muleta de aluminio, así como un relato completo de Ricoletti el del pie torcido, y su abominable esposa. Y aquí... ah, ahora, esto sí que es algo un poco más exquisito.

Metió su brazo hasta el fondo del baúl, y sacó una pequeña caja de madera con una tapa deslizante, como las que se usan para guardar juguetes de niños. De su interior sacó un pedazo de papel arrugado, una llave de bronce

antigua, una clavija de madera con una bola de cuerda atada a ella, y tres viejos discos de metal oxidados.

—Bueno, muchacho, ¿qué opinas de este lote? —preguntó, sonriendo ante mi expresión.

—Es una colección curiosa.

—Muy curiosa, y la historia que la rodea te parecerá aún más curiosa.

—¿Estas reliquias tienen una historia entonces?

—Tanto que son historia.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sherlock Holmes los recogió uno por uno, y los colocó a lo largo del borde de la mesa. Luego se volvió a sentar en su silla y los miró con un destello de satisfacción en sus ojos.

—Estos —dijo— son todo lo que me queda para recordarme de la aventura del Ritual Musgrave.

Le había oído mencionar el caso más de una vez, aunque nunca había podido reunir los detalles. —Me encantaría —dije— que me dieras un relato de ello.

—¿Y dejar el desorden como está? —exclamó, traviesamente—. Tu orden no soportará mucha tensión después de todo, Watson. Pero me alegraría que agregues este caso a tus anales, porque hay puntos en él que lo hacen bastante único en los registros criminales de este o, creo, de cualquier otro país. Una colección de mis logros triviales ciertamente estaría incompleta sin un relato de este asunto tan singular.

—Quizás recuerdes cómo el asunto de Gloria Scott y mi conversación con el hombre infeliz cuyo destino te conté, primero dirigieron mi atención hacia la profesión que se ha convertido en el trabajo de mi vida. Me ves ahora cuando mi nombre se ha conocido de un lado a otro, y cuando soy generalmente reconocido tanto por el público como por la fuerza oficial como una corte final de apelación en casos dudosos. Incluso cuando me conociste por primera vez, en la época del asunto que has conmemorado en 'Estudio en Escarlata', ya había establecido una conexión considerable, aunque no muy lucrativa. Difícilmente puedes darte cuenta de lo difícil que me resultó

al principio, y de cuánto tiempo tuve que esperar antes de lograr algún progreso.

—Cuando vine por primera vez a Londres tenía habitaciones en la calle Montague, justo a la vuelta de la esquina del Museo Británico, y allí esperé, llenando mi tiempo libre excesivo estudiando todas las ramas de la ciencia que pudieran hacerme más eficiente. De vez en cuando llegaban casos a mi camino, principalmente por la presentación de antiguos compañeros de estudios, ya que durante mis últimos años en la Universidad hubo mucho de qué hablar allí sobre mí y mis métodos. El tercero de estos casos fue el del Ritual Musgrave, y es al interés que despertó esa singular cadena de eventos, y a las grandes cuestiones que resultaron estar en juego, que atribuyo mi primer paso hacia la posición que ahora ocupo.

—Reginald Musgrave había estado en el mismo colegio que yo, y tenía un ligero conocimiento de él. No era generalmente popular entre los estudiantes, aunque siempre me pareció que lo que se consideraba orgullo era realmente un intento de cubrir una extrema timidez natural. En apariencia era un hombre de tipo extremadamente aristocrático, delgado, de nariz alta y ojos grandes, con modales lánguidos y a la vez corteses. Era, de hecho, un vástago de una de las familias más antiguas del reino, aunque su rama era una secundaria que se había separado de los Musgrave del norte en algún momento del siglo XVI, y se había establecido en el oeste de Sussex, donde la Casa Solariega de Hurlstone es quizás el edificio habitado más antiguo del condado. Algo de su lugar de nacimiento parecía adherirse al hombre, y nunca miraba su rostro pálido y agudo o la pose de su cabeza sin asociarlo con arcos grises y ventanas enrejadas y todos los restos venerables de una fortaleza feudal. Una o dos veces entablamos conversación, y puedo recordar que más de una vez expresó un vivo interés en mis métodos de observación e inferencia.

—Durante cuatro años no supe nada de él hasta que una mañana entró en mi habitación en la calle Montague. Había cambiado poco, estaba vestido como un joven de moda—siempre fue un poco dandi—y conservaba los mismos modales tranquilos y suaves que lo distinguían antes.

—¿Cómo te ha ido, Musgrave? —pregunté, después de que nos dimos un cordial apretón de manos.

—Probablemente oíste sobre la muerte de mi pobre padre —dijo él—; fue llevado hace unos dos años. Desde entonces, por supuesto, he tenido que administrar las propiedades de Hurlstone, y como soy miembro de mi distrito también, mi vida ha sido ocupada. Pero entiendo, Holmes, que estás poniendo en práctica esos poderes con los que solías asombrarnos.

—Sí —dije—, he empezado a vivir de mi ingenio.

—Me alegra oírlo, porque tu consejo en este momento sería sumamente valioso para mí. Hemos tenido algunos eventos

muy extraños en Hurlstone, y la policía no ha podido arrojar luz sobre el asunto. Es realmente el negocio más extraordinario e inexplicable.

—Puedes imaginar con qué ansias lo escuché, Watson, porque la oportunidad por la que había estado ansiando durante todos esos meses de inacción parecía haber llegado a mi alcance. En el fondo de mi corazón creía que podía tener éxito donde otros habían fallado, y ahora tenía la oportunidad de probarme a mí mismo.

—Por favor, déjame tener los detalles —exclamé.

—Reginald Musgrave se sentó frente a mí y encendió el cigarrillo que le había ofrecido.

—Debes saber —dijo— que aunque soy soltero, tengo que mantener un considerable personal de servicio en Hurlstone, porque es un lugar antiguo y desordenado, y requiere mucho cuidado. También mantengo la caza, y en los meses de faisanes suelo tener una fiesta en casa, por lo que no sería conveniente tener poco personal. En total hay ocho sirvientas, el cocinero, el mayordomo, dos lacayos y un muchacho. El jardín y los establos, por supuesto, tienen un personal separado.

—De estos sirvientes, el que llevaba más tiempo en nuestro servicio era Brunton, el mayordomo. Era un joven maestro de escuela sin empleo cuando fue contratado por mi padre, pero era un hombre de gran energía y carácter, y pronto se volvió invaluable en la casa. Era un hombre bien formado, guapo, con una frente espléndida, y aunque ha estado con nosotros durante veinte años, no puede tener más de cuarenta ahora. Con sus ventajas personales y sus extraordinarios talentos—pues puede hablar varios idiomas y tocar casi todos los instrumentos musicales—es sorprendente que haya estado satisfecho tanto tiempo en una posición así, pero supongo que estaba có-

modo y carecía de energía para hacer algún cambio. El mayordomo de Hurlstone siempre es recordado por todos los que nos visitan.

—Pero este parangón tiene un defecto. Es un poco Don Juan, y puedes imaginar que para un hombre como él no es un papel muy difícil de desempeñar en un tranquilo distrito rural. Cuando estaba casado todo estaba bien, pero desde que es viudo no hemos tenido más que problemas con él. Hace unos meses esperábamos que se asentara de nuevo porque se comprometió con Rachel Howells, nuestra segunda doncella; pero desde entonces la ha dejado y ha tomado a Janet Tregellis, la hija del jefe guardabosques. Rachel —que es una muy buena chica, pero de temperamento galés excitable— tuvo un agudo ataque de fiebre cerebral, y ahora va por la casa—o lo hacía hasta ayer—como una sombra de su antiguo yo con ojos negros. Ese fue nuestro primer drama en Hurlstone; pero un segundo vino a sacarlo de nuestras mentes, y fue precedido por la deshonra y el despido del mayordomo Brunton.

—Así fue como ocurrió. He dicho que el hombre era inteligente, y esta misma inteligencia ha causado su ruina, porque parece haber llevado a una insaciable curiosidad por cosas que no le concernían en lo más mínimo. No tenía idea de hasta dónde esto lo llevaría, hasta que el más mínimo accidente me abrió los ojos.

—He dicho que la casa es desordenada. Un día de la semana pasada—para ser más exacto, la noche del jueves—descubrí que no podía dormir, habiendo tomado tontamente una taza de café fuerte después de la cena. Después de luchar contra ello hasta las dos de la mañana, sentí que era completamente inútil, así que me levanté y encendí la vela con la intención de continuar una novela que estaba leyendo. Sin embargo, el libro había sido dejado en la sala de billar, así que me puse la bata y me dirigí a buscarlo.

—Para llegar a la sala de billar tenía que bajar un tramo de escaleras y luego cruzar la cabecera de un pasillo que conducía a la biblioteca y la sala de armas. Puedes imaginar mi sorpresa cuando, al mirar por este corredor, vi un resplandor de luz proveniente de la puerta abierta de la biblioteca. Yo mismo había apagado la lámpara y cerrado la puerta antes de ir a la cama. Naturalmente, mi primer pensamiento fue de ladrones. Los corredores de Hurlstone están decorados en gran parte con trofeos de armas antiguas. De

uno de ellos tomé un hacha de guerra, y luego, dejando mi vela detrás de mí, me acerqué de puntillas por el pasillo y miré por la puerta abierta.

—Brunton, el mayordomo, estaba en la biblioteca. Estaba sentado, completamente vestido, en un sillón, con una hoja de papel que parecía un mapa sobre su rodilla, y su frente hundida sobre su mano en profunda reflexión. Me quedé mudo de asombro, observándolo desde la oscuridad. Una pequeña vela en el borde de la mesa emitía una luz débil que era suficiente para mostrarme que estaba completamente vestido. De repente, mientras miraba, se levantó de su silla, y caminando hacia un escritorio al lado, lo abrió y sacó uno de los cajones. De allí sacó un papel, y volviendo a su asiento lo extendió junto a la vela en el borde de la mesa, y comenzó a estudiarlo con atención minuciosa. Mi indignación ante este tranquilo examen de nuestros documentos familiares me superó tanto que di un paso adelante, y Brunton, alzando la vista, me vio de pie en la puerta. Saltó a sus pies, su rostro se volvió lívido de miedo, y metió en su pecho el papel parecido a un mapa que había estado estudiando originalmente.

—¡Así! —dije yo—. Así es como pagas la confianza que hemos depositado en ti. Dejarás mi servicio mañana.

—Él se inclinó con la mirada de un hombre completamente derrotado, y pasó junto a mí sin decir una palabra. La vela aún estaba sobre la mesa, y a su luz miré para ver qué papel era el que Brunton había sacado del escritorio. Para mi sorpresa, no era nada de importancia, sino simplemente una copia de las preguntas y respuestas en la singular antigua ceremonia llamada el Ritual Musgrave. Es una especie de ceremonia peculiar de nuestra familia, que cada Musgrave ha pasado durante siglos al llegar a la mayoría de edad, una cosa de interés privado, y quizás de algún pequeño interés para el arqueólogo, como nuestros propios blasones y cargos, pero sin utilidad práctica alguna.

—Será mejor que volvamos al papel después —dije.

—Si crees que es realmente necesario —respondió él, con cierta vacilación—. Sin embargo, para continuar mi declaración: volví a cerrar el escritorio, usando la llave que Brunton había dejado, y estaba a punto de irme cuando me sorprendió encontrar que el mayordomo había regresado, y estaba de pie frente a mí.

— Señor Musgrave, señor — exclamó, con una voz ronca por la emoción —, no puedo soportar la desgracia, señor. Siempre he sido orgulloso por encima de mi posición en la vida, y la desgracia me mataría. Mi sangre estará en su cabeza, señor, de verdad estará, si me lleva a la desesperación. Si no puede mantenerme después de lo que ha pasado, entonces, por Dios, déjeme darle aviso y marcharme en un mes, como si fuera por mi propia voluntad. Podría soportar eso, señor Musgrave, pero no ser echado ante toda la gente que conozco tan bien.

— No mereces mucha consideración, Brunton — le respondí—. Tu conducta ha sido infame. Sin embargo, como has estado mucho tiempo en la familia, no deseo traerte desgracia pública. Sin embargo, un mes es demasiado tiempo. Márchate en una semana, y da la razón que quieras para irte.

— ¿Solo una semana, señor? — exclamó, con voz desesperada—. Una quincena, al menos una quincena.

— Una semana — repetí—, y considérate muy bien tratado.

— Se alejó arrastrando los pies, con la cara hundida en el pecho, como un hombre quebrado, mientras apagaba la luz y volvía a mi habitación.

— Durante dos días después de esto, Brunton fue muy diligente en la atención a sus deberes. No hice alusión a lo que había pasado, y esperé con cierta curiosidad para ver cómo cubriría su desgracia. Sin embargo, en la tercera mañana no apareció, como era su costumbre, después del desayuno para recibir mis instrucciones para el día. Al salir del comedor me encontré con Rachel Howells, la doncella. Te he dicho que ella había recuperado recientemente de una enfermedad, y se veía tan terriblemente pálida y demacrada que la reprendí por estar trabajando.

— Deberías estar en la cama — le dije—. Vuelve a tus deberes cuando estés más fuerte.

— Ella me miró con una expresión tan extraña que comencé a sospechar que su cerebro estaba afectado.

— Soy lo suficientemente fuerte, señor Musgrave — dijo ella.

— Veremos lo que dice el médico — le respondí—. Debes dejar de trabajar ahora, y cuando bajas solo di que quiero ver a Brunton.

— El mayordomo se ha ido — dijo ella.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Se ha ido. Nadie lo ha visto. No está en su habitación. ¡Oh, sí, se ha ido, se ha ido! —Se apoyó contra la pared con gritos de risa tras risa, mientras yo, horrorizado por este repentino ataque histérico, corrí hacia la campana para pedir ayuda. La llevaron a su habitación, aún gritando y sollozando, mientras yo hacía averiguaciones sobre Brunton. No cabía duda de que había desaparecido. Su cama no había sido usada, no lo había visto nadie desde que se retiró a su habitación la noche anterior, y sin embargo era difícil ver cómo pudo haber salido de la casa, ya que tanto las ventanas como las puertas estaban cerradas por la mañana. Su ropa, su reloj, e incluso su dinero estaban en su habitación, pero el traje negro que solía usar faltaba. Sus zapatillas también habían desaparecido, pero sus botas quedaron atrás. Entonces, ¿adónde pudo haber ido el mayordomo Brunton en la noche, y qué pudo haber sido de él?

—Por supuesto, buscamos en la casa de arriba a abajo, pero no había rastro de él. Es, como he dicho, un laberinto de una casa vieja, especialmente el ala original, que ahora está prácticamente deshabitada; pero revisamos cada habitación y sótano sin descubrir el menor signo del hombre desaparecido. Me parecía increíble que se hubiera ido dejando todas sus pertenencias atrás, y sin embargo, ¿dónde podía estar? Llamé a la policía local, pero sin éxito. Había llovido la noche anterior y examinamos el césped y los senderos alrededor de la casa, pero en vano. Las cosas estaban en este estado cuando un nuevo desarrollo nos hizo desviar nuestra atención del misterio original.

—Durante dos días, Rachel Howells había estado tan enferma, a veces delirante, a veces histérica, que se había contratado a una enfermera para que la cuidara por la noche. En la tercera noche después de la desaparición de Brunton, la enfermera, al encontrar a su paciente durmiendo bien, se quedó dormida en el sillón, y despertó por la mañana temprano para encontrar la cama vacía, la ventana abierta, y sin rastro de la enferma. Me despertaron de inmediato, y con los dos lacayos, partí de inmediato en busca de la chica desaparecida. No fue difícil saber en qué dirección había tomado, ya que, partiendo desde debajo de su ventana, pudimos seguir fácilmente sus huellas a través del césped hasta el borde del lago, donde desaparecían cerca del sendero de grava que sale de los terrenos. El lago allí tiene una pro-

fundidad de ocho pies, y puedes imaginar nuestros sentimientos cuando vimos que el rastro de la pobre chica demente terminaba en su borde.

—Por supuesto, trajimos los dragones de inmediato, y nos pusimos a trabajar para recuperar los restos, pero no pudimos encontrar ningún rastro del cuerpo. Por otro lado, sacamos a la superficie un objeto de lo más inesperado. Era una bolsa de lino que contenía dentro de ella una masa de metal viejo oxidado y descolorido y varios pedazos de piedra o vidrio de color opaco. Este extraño hallazgo fue todo lo que pudimos obtener del lago, y, aunque ayer hicimos todas las búsquedas e investigaciones posibles, no sabemos nada del destino de Rachel Howells ni de Richard Brunton. La policía del condado está completamente perpleja, y he venido a verte como último recurso.

—Puedes imaginar, Watson, con qué ansiedad escuché esta extraordinaria secuencia de eventos, y traté de unirlos y encontrar algún hilo común en el que pudieran colgar todas. El mayordomo había desaparecido. La doncella había desaparecido. La doncella había amado al mayordomo, pero después había tenido motivos para odiarlo. Ella era de sangre galesa, fogosa y apasionada. Se había excitado terriblemente inmediatamente después de su desaparición. Había arrojado al lago una bolsa que contenía algunos contenidos curiosos. Todos estos eran factores que debían tenerse en cuenta, y sin embargo, ninguno de ellos llegaba al corazón del asunto. ¿Cuál era el punto de partida de esta cadena de eventos? Allí yacía el final de esta línea enmarañada.

—Debo ver ese papel, Musgrave —dije—, que este mayordomo tuyo consideró que valía la pena consultar, incluso a riesgo de perder su lugar.

—Es un asunto bastante absurdo, este ritual nuestro —respondió él—. Pero al menos tiene la gracia salvadora de la antigüedad para excusarlo. Tengo una copia de las preguntas y respuestas aquí si quieres echarles un vistazo.

Me entregó el mismo papel que tengo aquí, Watson, y este es el extraño catecismo al que cada Musgrave tenía que someterse cuando llegaba a la mayoría de edad. Te leeré las preguntas y respuestas tal como están.

—¿De quién era?

—De quien se ha ido.

—¿Quién lo tendrá?

—El que vendrá.

—¿Dónde estaba el sol?

—Sobre el roble.

—¿Dónde estaba la sombra?

—Bajo el olmo.

—¿Cómo fue medido?

—Norte por diez y por diez, este por cinco y por cinco, sur por dos y por dos, oeste por uno y por uno, y así debajo.

—¿Qué daremos por ello?

—Todo lo que es nuestro.

—¿Por qué deberíamos darlo?

—Por el bien de la confianza.

—El original no tiene fecha, pero está escrito en la ortografía de mediados del siglo XVII —observó Musgrave—. Sin embargo, me temo que no puede ser de mucha ayuda para ti en resolver este misterio.

—Al menos —dije— nos da otro misterio, y uno que es aún más interesante que el primero. Puede ser que la solución de uno pueda resultar ser la solución del otro. Disculpa, Musgrave, si digo que tu mayordomo me parece haber sido un hombre muy inteligente, y haber tenido una visión más clara que diez generaciones de sus amos.

—No te sigo —dijo Musgrave—. El papel me parece de ninguna importancia práctica.

—Pero para mí me parece inmensamente práctico, y me imagino que Brunton tenía la misma opinión. Probablemente lo había visto antes de esa noche en que lo atrapaste.

—Es muy posible. No nos tomamos la molestia de esconderlo.

—Simplemente deseaba, imagino, refrescar su memoria en esa última ocasión. Según entiendo, tenía una especie de mapa o gráfico que estaba

comparando con el manuscrito, y que metió en su bolsillo cuando apareciste.

—Eso es cierto. Pero ¿qué podría tener que ver con esta antigua costumbre familiar nuestra, y qué significa esta jerigonza?

—No creo que tengamos mucha dificultad en determinar eso —dije—; con tu permiso, tomaremos el primer tren a Sussex y profundizaremos un poco más en el asunto sobre el terreno.

Esa misma tarde nos encontrábamos ambos en Hurlstone. Posiblemente has visto imágenes y leído descripciones del famoso edificio antiguo, así que limitaré mi relato a decir que está construido en forma de L, siendo el brazo largo la parte más moderna, y el corto el núcleo antiguo, del cual se había desarrollado la otra. Sobre la puerta baja, con dintel pesado, en el centro de esta parte antigua, está cincelada la fecha, 1607, pero los expertos coinciden en que las vigas y la mampostería son realmente mucho más antiguas que esto. Las paredes enormemente gruesas y las pequeñas ventanas de esta parte habían llevado a la familia en el siglo pasado a construir el ala nueva, y la antigua ahora se utilizaba como almacén y bodega, cuando se usaba. Un espléndido parque con árboles viejos y magníficos rodea la casa, y el lago, al que se refirió mi cliente, se encuentra cerca de la avenida, a unos doscientos metros del edificio.

Ya estaba firmemente convencido, Watson, de que no había tres misterios separados aquí, sino solo uno, y que si podía interpretar correctamente el Ritual Musgrave tendría en mis manos la pista que me llevaría a la verdad sobre tanto el mayordomo Brunton como la doncella Howells. A eso entonces dirigí todas mis energías. ¿Por qué este sirviente estaría tan ansioso por dominar esta antigua fórmula? Evidentemente porque vio algo en ella que había escapado a todas esas generaciones de terratenientes, y de lo cual esperaba algún beneficio personal. ¿Qué era entonces, y cómo había afectado su destino?

Me parecía perfectamente obvio, al leer el ritual, que las medidas debían referirse a algún lugar al que aludía el resto del documento, y que si podíamos encontrar ese lugar, estaríamos en buen camino para descubrir cuál era el secreto que los viejos Musgraves habían considerado necesario embalsamar de manera tan curiosa. Nos dieron dos guías para empezar, un roble y

un olmo. En cuanto al roble, no había duda alguna. Justo en frente de la casa, en el lado izquierdo del camino, se erguía un patriarca entre los robles, uno de los árboles más magníficos que he visto.

—Ese estaba allí cuando se redactó tu ritual —dije, mientras pasábamos por allí.

—Estaba allí en la conquista normanda, probablemente —respondió—. Tiene un perímetro de veintitrés pies.

—¿Tienes algún olmo viejo? —pregunté.

—Había uno muy viejo allí, pero fue alcanzado por un rayo hace diez años, y cortamos el tocón.

—¿Puedes ver dónde solía estar?

—Oh, sí.

—¿No hay otros olmos?

—No antiguos, pero hay muchos hayas.

—Me gustaría ver dónde creció.

Habíamos llegado en un cochecito de caballos, y mi cliente me llevó de inmediato, sin entrar en la casa, a la cicatriz en el césped donde había estado el olmo. Estaba casi a medio camino entre el roble y la casa. Mi investigación parecía estar progresando.

—Supongo que es imposible averiguar cuán alto era el olmo —dije.

—Puedo decírtelo de inmediato. Tenía sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, sorprendido.

—Cuando mi viejo tutor solía darme un ejercicio de trigonometría, siempre tomaba la forma de medir alturas. Cuando era un muchacho trabajé cada árbol y edificio en la finca.

Esto fue un golpe de suerte inesperado. Mis datos llegaban más rápido de lo que podría haber esperado razonablemente.

—Dime —pregunté—, ¿tu mayordomo te hizo alguna vez una pregunta así?

Reginald Musgrave me miró asombrado. — Ahora que lo mencionas — respondió —, Brunton me preguntó sobre la altura del árbol hace unos meses, en relación con algún pequeño argumento con el mozo de cuadra.

Estas eran excelentes noticias, Watson, ya que me mostraban que estaba en el camino correcto. Miré el sol. Estaba bajo en el cielo, y calculé que en menos de una hora estaría justo por encima de las ramas más altas del viejo roble. Entonces se cumpliría una condición mencionada en el Ritual. Y la sombra del olmo debía significar el extremo más lejano de la sombra, de lo contrario, el tronco habría sido elegido como guía. Entonces, tenía que encontrar dónde caería el extremo más alejado de la sombra cuando el sol estuviera justo por encima del roble.

— Eso debió ser difícil, Holmes, cuando el olmo ya no estaba allí.

— Bueno, al menos sabía que si Brunton pudo hacerlo, yo también podría. Además, no había ninguna dificultad real. Fui con Musgrave a su estudio y me tallé esta clavija, a la que até esta larga cuerda con un nudo en cada yarda. Luego tomé dos tramos de una caña de pescar, que medían justo seis pies, y volví con mi cliente al lugar donde había estado el olmo. El sol apenas rozaba la cima del roble. Coloqué la caña de pie, marqué la dirección de la sombra y la medí. Tenía nueve pies de largo.

— Por supuesto, el cálculo ahora era simple. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve, un árbol de sesenta y cuatro pies proyectaría una de noventa y seis, y la línea de una sería, por supuesto, la línea de la otra. Medí la distancia, lo que me llevó casi hasta la pared de la casa, e inserté una clavija en el lugar. Puedes imaginar mi júbilo, Watson, cuando a dos pulgadas de mi clavija vi una depresión cónica en el suelo. Sabía que era la marca hecha por Brunton en sus mediciones, y que todavía estaba siguiendo su rastro.

— Desde este punto de partida procedí a dar pasos, habiendo tomado primero los puntos cardinales con mi brújula de bolsillo. Diez pasos con cada pie me llevaron paralelamente a la pared de la casa, y nuevamente marqué mi lugar con una clavija. Luego caminé cuidadosamente cinco pasos hacia el este y dos hacia el sur. Me llevó justo al umbral de la vieja puerta. Dos pasos hacia el oeste significaban ahora que debía avanzar dos pasos por el pasillo pavimentado con piedra, y este era el lugar indicado por el Ritual.

—Nunca he sentido un escalofrío de decepción tan frío, Watson. Por un momento me pareció que debía haber algún error fundamental en mis cálculos. El sol poniente brillaba de lleno sobre el piso del pasillo, y pude ver que las viejas piedras grises, desgastadas por los pies, con las que estaba pavimentado, estaban firmemente cementadas y ciertamente no habían sido movidas en muchos años. Brunton no había trabajado aquí. Golpeé el piso, pero sonaba igual en todas partes, y no había señales de ninguna grieta o fisura. Pero, afortunadamente, Musgrave, que había comenzado a comprender el significado de mis procedimientos, y que ahora estaba tan emocionado como yo, sacó su manuscrito para comprobar mi cálculo.

—¡Y debajo! —exclamó—. Has omitido el "y debajo".

—Pensé que significaba que debíamos cavar, pero ahora, por supuesto, vi de inmediato que estaba equivocado. —¿Hay una bodega debajo de esto? —exclamé.

—Sí, y tan antigua como la casa. Por aquí, por esta puerta.

—Bajamos una escalera de piedra en espiral, y mi compañero, encendiendo un fósforo, prendió una gran linterna que estaba sobre un barril en la esquina. En un instante, fue evidente que finalmente habíamos llegado al lugar correcto, y que no habíamos sido las únicas personas en visitar el lugar recientemente.

—Se había utilizado para el almacenamiento de leña, pero los troncos, que evidentemente habían estado esparcidos por el piso, ahora estaban apilados a los lados, dejando un espacio claro en el medio. En este espacio yacía una gran y pesada losa con un anillo de hierro oxidado en el centro al que estaba atado un grueso pañuelo de pastor a cuadros.

—¡Por Jove! —exclamó mi cliente—. Ese es el pañuelo de Brunton. Lo he visto en él, y podría jurar sobre él. ¿Qué ha estado haciendo el villano aquí?

—A mi sugerencia, se convocó a un par de policías del condado para que estuvieran presentes, y luego intenté levantar la losa tirando del pañuelo. Solo pude moverla ligeramente, y fue con la ayuda de uno de los agentes que finalmente logré moverla a un lado. Un agujero negro se abrió debajo, al cual todos nos asomamos, mientras Musgrave, arrodillado a un lado, bajaba la linterna.

—Una pequeña cámara de unos siete pies de profundidad y cuatro pies cuadrados se abrió ante nosotros. A un lado de esta había una caja de madera reforzada con bronce, cuya tapa estaba articulada hacia arriba, con esta curiosa llave antigua sobresaliendo de la cerradura. Estaba cubierta por una gruesa capa de polvo, y la humedad y los gusanos habían corroído la madera, de modo que un cultivo de hongos lívidos crecía en su interior. Varios discos de metal, aparentemente monedas antiguas, como las que tengo aquí, estaban esparcidos por el fondo de la caja, pero no contenía nada más.

—En ese momento, sin embargo, no teníamos pensamiento para el viejo cofre, ya que nuestros ojos estaban clavados en lo que se agachaba junto a él. Era la figura de un hombre, vestido con un traje negro, que estaba en cuclillas con la frente apoyada en el borde de la caja y los dos brazos extendidos a cada lado de ella. La postura había llevado toda la sangre estancada a la cara, y nadie podría haber reconocido ese rostro distorsionado de color hígado; pero su altura, su vestimenta y su cabello fueron suficientes para mostrar a mi cliente, cuando levantamos el cuerpo, que era en verdad su mayordomo desaparecido. Había estado muerto varios días, pero no había herida ni magulladura en su persona que mostrara cómo había encontrado su horrible fin. Cuando su cuerpo fue sacado de la bodega, nos encontramos todavía ante un problema que era casi tan formidable como aquel con el que habíamos comenzado.

—Confieso que hasta ahora, Watson, había estado decepcionado en mi investigación. Había contado con resolver el asunto una vez que encontrara el lugar mencionado en el Ritual; pero ahora estaba allí, y aparentemente tan lejos como siempre de saber qué era lo que la familia había ocultado con tantas elaboradas precauciones. Es cierto que había arrojado luz sobre el destino de Brunton, pero ahora tenía que averiguar cómo había llegado a ese destino y qué papel había jugado en el asunto la mujer que había desaparecido. Me senté sobre un barril en la esquina y pensé detenidamente en todo el asunto.

—Conoces mis métodos en tales casos, Watson. Me pongo en el lugar del hombre y, habiendo evaluado primero su inteligencia, trato de imaginar cómo habría procedido yo mismo en las mismas circunstancias. En este caso, el asunto se simplificaba por la inteligencia de Brunton, que era bastante de primera categoría, por lo que no era necesario hacer ninguna concesión por la ecuación personal, como la han llamado los astrónomos. Sabía

que algo valioso estaba oculto. Había localizado el lugar. Descubrió que la losa que lo cubría era demasiado pesada para que un hombre la moviera solo. ¿Qué haría a continuación? No podía obtener ayuda desde fuera, incluso si tenía a alguien en quien pudiera confiar, sin abrir puertas y correr un considerable riesgo de ser descubierto. Era mejor, si podía, tener a su cómplice dentro de la casa. Pero, ¿a quién podría pedir ayuda? Esta chica le había sido devota. Un hombre siempre encuentra difícil darse cuenta de que puede haber perdido definitivamente el amor de una mujer, por muy mal que la haya tratado. Intentaría hacer las paces con la chica Howells mediante algunas atenciones y luego la contrataría como su cómplice. Juntos vendrían por la noche a la bodega, y su fuerza unida sería suficiente para levantar la losa. Hasta aquí podía seguir sus acciones como si realmente las hubiera visto.

—Pero para dos de ellos, y uno una mujer, debía haber sido un trabajo pesado levantar esa losa. Un fornido policía de Sussex y yo habíamos encontrado que no era una tarea ligera. ¿Qué harían para ayudarse? Probablemente lo que yo mismo habría hecho. Me levanté y examiné cuidadosamente los diferentes trozos de madera que estaban esparcidos por el suelo. Casi de inmediato encontré lo que esperaba. Una pieza, de aproximadamente tres pies de longitud, tenía una marca muy pronunciada en un extremo, mientras que varias estaban aplanadas en los lados como si hubieran sido comprimidas por un peso considerable. Evidentemente, al levantar la losa habían empujado los trozos de madera en la grieta, hasta que finalmente, cuando la abertura era lo suficientemente grande para arrastrarse, la mantendrían abierta con un trozo colocado a lo largo, que bien podría quedar marcado en el extremo inferior, ya que todo el peso de la losa lo presionaría sobre el borde de esta otra losa. Hasta aquí estaba en terreno seguro.

—Y ahora, ¿cómo debía proceder para reconstruir este drama de medianoche? Claramente, solo uno podría encajar en el agujero, y ese era Brunton. La chica debía haber esperado arriba. Brunton entonces abriría la caja, subiría el contenido presumiblemente, ya que no se encontraron, y luego... ¿y luego qué ocurrió?

—¿Qué fuego latente de venganza había brotado repentinamente en el alma de esta apasionada mujer celta cuando vio al hombre que la había agraviado—quizás mucho más de lo que sospechábamos—en su poder?

¿Fue una casualidad que la madera se deslizó y la losa cerró a Brunton en lo que

se convirtió en su sepulcro? ¿Solo fue culpable de guardar silencio sobre su destino? ¿O algún golpe repentino de su mano derribó el soporte y envió la losa a caer en su lugar? Sea como sea, me parecía ver la figura de esa mujer aún aferrándose a su tesoro encontrado y huyendo salvajemente por la escalera de caracol, con sus oídos resonando quizás con los gritos ahogados detrás de ella y con el golpeteo de manos frenéticas contra la losa de piedra que asfixiaba la vida de su amante infiel.

—Aquí estaba el secreto de su rostro pálido, sus nervios sacudidos, sus carcajadas histéricas a la mañana siguiente. Pero ¿qué había en la caja? ¿Qué había hecho con eso? Por supuesto, debían ser los viejos metales y guijarros que mi cliente había sacado del lago. Los había arrojado allí en la primera oportunidad para eliminar el último rastro de su crimen.

—Durante veinte minutos estuve sentado inmóvil, pensando en el asunto. Musgrave seguía de pie con el rostro muy pálido, balanceando su linterna y mirando hacia el agujero.

—Estas son monedas de Carlos I —dijo, sosteniendo las pocas que habían estado en la caja—; ves, teníamos razón al fijar nuestra fecha para el Ritual.

—Podríamos encontrar algo más de Carlos I —exclamé, cuando el probable significado de las dos primeras preguntas del Ritual de repente se me hizo claro—. Déjame ver el contenido de la bolsa que sacaste del lago.

—Subimos a su estudio y me mostró los restos. Pude entender que los considerara de poca importancia cuando los miré, ya que el metal estaba casi negro y las piedras sin brillo y opacas. Sin embargo, froté una de ellas en mi manga, y luego brilló como una chispa en el hueco oscuro de mi mano. El trabajo en metal tenía la forma de un anillo doble, pero había sido doblado y torcido fuera de su forma original.

—Debes tener en cuenta —dije— que el partido realista mantuvo su posición en Inglaterra incluso después de la muerte del rey, y que cuando finalmente huyeron probablemente dejaron muchas de sus posesiones más preciadas enterradas, con la intención de regresar por ellas en tiempos más pacíficos.

— Mi ancestro, Sir Ralph Musgrave, fue un prominente caballero realista y la mano derecha de Carlos II en sus andanzas — dijo mi amigo.

— ¡Ah, en efecto! — respondí—. Bueno, ahora creo que eso realmente debería darnos el último enlace que necesitábamos. Debo felicitarte por entrar en posesión, aunque de una manera bastante trágica, de una reliquia que tiene un gran valor intrínseco, pero de mayor importancia como curiosidad histórica.

— ¿Qué es entonces? — preguntó asombrado.

— No es menos que la antigua corona de los reyes de Inglaterra.

— ¿La corona?

— Precisamente. Considera lo que dice el Ritual: ¿Cómo va? "¿De quién era?" "De quien se ha ido." Eso fue después de la ejecución de Carlos. Luego, "¿Quién lo tendrá?" "El que vendrá." Ese era Carlos II, cuya llegada ya se preveía. No puede haber duda de que este diadema abollado y sin forma una vez coronó las frentes de los reales Estuardo.

— ¿Y cómo llegó al estanque?

— Ah, esa es una pregunta que llevará tiempo responder. Y con eso le escobé toda la larga cadena de conjeturas y pruebas que había construido. El crepúsculo había caído y la luna brillaba intensamente en el cielo antes de que terminara mi relato.

— ¿Y cómo es que Carlos no recuperó su corona cuando regresó? — preguntó Musgrave, volviendo a poner la reliquia en su bolsa de lino.

— Ah, ahí pones el dedo en el único punto que probablemente nunca podremos aclarar. Es probable que el Musgrave que tenía el secreto muriera en el intervalo, y por algún descuido dejó esta guía a su descendiente sin explicar su significado. Desde ese día hasta hoy se ha transmitido de padre a hijo, hasta que finalmente llegó a manos de un hombre que arrancó su secreto y perdió la vida en la empresa.

— Y esa es la historia del Ritual Musgrave, Watson. Tienen la corona en Hurlstone — aunque tuvieron algunos problemas legales y una considerable suma que pagar antes de que se les permitiera conservarla. Estoy seguro de que si mencionas mi nombre estarán encantados de mostrártela. De la mujer

nunca se supo nada, y lo más probable es que haya huido de Inglaterra y llevado consigo el recuerdo de su crimen a alguna tierra más allá de los mares.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**